

Africa no tiene en el mundo económico moderno un lugar proporcionado con sus posibilidades y con el número de sus habitantes. Sin embargo, no hay ningún imperativo natural que exija que los africanos sean pobres consumidores y modestos productores. La mediana condición económica de Africa es imputable a causas humanas; si fueran eliminadas, Africa debería registrar un considerable impulso económico mediante una mejor explotación. Las líneas directrices de un estudio del desarrollo económico de Africa han sido trazadas así: situación económica presente, condiciones naturales, causas humanas de esta economía débil y estancada, promesas de un porvenir mejor.

¿No será erróneo hablar de Africa como si existiera «una» Africa económica? ¿No sería más acertado distinguir sin dilaciones una Africa mediterránea de una Africa sahariana o de una Africa negra, ya que cada cual de los tres trozos del continente tiene sus perspectivas propias de desarrollo económico? E incluso, ¿no sería necesario distinguir en la misma Africa negra regiones originales en razón de sus problemas económicos? Estas observaciones son fundamentales y habremos de tenerlas en cuenta, aun cuando, en un artículo rápido, convenga ante todo atraer la atención sobre unos cuantos grandes temas.

No hagamos perder el tiempo a nuestros lectores demostrando que Africa está en casi todas sus partes en una pobre situación económica. Es inútil enumerar valores de producción, presupuestos familiares o porcentajes de producción mundial. En casi todos los órdenes de producción, Africa aparece como letárgica. El oro del Transvaal, los diamantes del Cabo, del suroeste africano, de Angola o de Kasai, el cobre de Katanga y de Rhodesia septentrional no bastan para modificar los tonos generales del cuadro. Africa es pobre en sus producciones y pobres son los africanos.

* * *

La agricultura—he aquí una de las causas de la pobreza general de Africa—es de lejos la principal actividad de Africa. Más de las tres cuartas partes de su población está habitualmente empleada en la agricultura. Las excepciones, que no escasean, no bastan, sin embargo, para quitarle a esta proporción su carácter de generalidad. Tantos agricultores, ello en un continente que exporta pocos productos agrícolas, tiene como condición inevitable una agricultura de subsistencia en que las cosechas van esencialmente del campo a la boca del campesino, sin amplia comercialización. Esta agricultura, poco productiva, es poco rentable por una hora de trabajo. En la casi totalidad del Africa tropical lluviosa, los campos son inestables; roturados durante la estación seca, quemados antes de las primeras lluvias, producen una o dos cosechas antes de permanecer en baldío durante el mayor tiempo posible. Esta agricultura extensiva no practica el abono con estiércol, ignora toda ordenación agraria; los campos no son objeto de ningún arreglo en forma de terrazas, de avenamiento o de regadío. No unciendo los animales y desprovistos de maquinaria, los campesinos explotan cada año una parte mínima de la superficie. La superficie *efectivamente cosechada* cada año en Africa negra se sitúa alrededor de los 2 por 100 de la superficie total. Esto no es sorprendente; una explotación agrícola cosecha efectivamente cada año una hectárea aproximadamente, lo cual es suficiente para el consumo de la familia que cultiva esta superficie, la cual suele comprender a cinco personas. Una densidad de población de diez habitantes por kilómetro cuadrado (que es poco más o menos la densidad general media del Africa tropical lluviosa), corresponde a una superficie cosechada de dos hectáreas por kilómetro cuadrado.

La mayor parte de la agricultura africana corresponde, pues, a minúsculas explotaciones que cuentan en término medio con una hectárea de superficie efectivamente cosechada. Estas explotaciones disponen de pocos excedentes sobre lo que necesitan para su subsistencia (es incluso frecuente que la escasez no se pueda evitar en las semanas que preceden a las primeras cosechas), y tienen dificultades para asegurar el abastecimiento de las ciudades. En muchas ciudades africanas, las mujeres estiman ventajoso, en semejantes condiciones, seguir consagradas a la agricultura. En Libreville (Gabón) el 80 por 100 de las mujeres adultas practican esta actividad. Durante la estación de las lluvias, se van, con la azada en el hombro, a varios kilómetros de la ciudad para trabajar su campo, volviendo por la noche con un cesto de patatas o de legumbres en la cabeza. En las grandes urbes próximas al litoral, es cómodo y ventajoso abastecer a la población

mediante productos importados: el pan de trigo desterraba en Leopoldville la chikwangua de mandioca.

* * *

Las debilidades de la agricultura no están determinadas, en Africa tropical lluviosa, por condiciones naturales. Los campesinos africanos no abonan sus campos; no tienen ganado que les proporcionaría recursos de abono animal. Cierto es que la trypanosomiasis ha impedido, en amplias partes del Africa tropical, la cría de bovinos. Pero los campesinos no recogen el estiércol en las regiones en que no existe esta enfermedad. Hubiera podido utilizarse el estiércol de cerdo; los campesinos africanos no han prestado nunca mucha atención a la cría del cerdo. En términos generales, los campesinos negros no han concedido un lugar suficiente a la ganadería en sus técnicas. Los niños negros, y los negros en general, padecen de no consumir una cantidad suficiente de proteínas animales; sin embargo, en el medio natural nada impide que los negros coman cerdo o huevos: sólo prohibiciones religiosas los privan de estos alimentos preciosos. La muy escasa superficie cultivada por los campesinos negros no es un efecto de limitaciones naturales; aunque muchos suelos africanos sean difíciles, la superficie fácilmente cultivable es muy superior a la superficie efectivamente cosechada. La modesta extensión de ésta no está ligada a las condiciones naturales, sino a las técnicas, que permiten ampliar el trabajo humano con el esfuerzo animal.

Los obstáculos que se alzan ante los progresos de la agricultura en Africa tropical son de orden humano. La vieja agricultura del hacha y del fuego debe ceder el puesto a la agricultura del arado y del abono. Semejante transformación exige una revolución de las técnicas, las costumbres y los sistemas de propiedad territorial. Las dificultades no son menudadas; los campesinos africanos no ignoran, en efecto, que existen técnicas más intensivas que aquellas que gustan de practicar. Ciertos pueblos que se han «refugiado» en las montañas o en pequeñas islas o en pantanos, y que han encontrado en esos lugares una protección contra vecinos peligrosos, realizan por necesidad una agricultura intensiva que da rendimientos por hectárea superiores a los rendimientos habituales. La isla de Ukara (Lago Victoria, Territorio de Tanganika) es el mejor ejemplo que pueda darse de una agricultura africana que tiene en sus cuadras, alimentado sólo por el forraje recogido por los hombres, un ganado cuyo papel es producir estiércol, meticulosamente llevado a los campos; pero esta agricultura que

practica minuciosas cavas y que riega, tiene una débil productividad por hora de trabajo. Por ello, una vez restablecida la paz, se ve a esos campesinos salir de la isla, cultivar campos en los cercanos ribazos y volver entonces a la agricultura extensiva, a la hacha y al fuego, es decir, a rendimientos más bajos, pero a una mayor productividad. Se ve claramente dónde reside la dificultad: toda innovación en agricultura africana, para ser aceptada por los habitantes, ha de asegurar ante todo un aumento de la productividad. La dificultad puede ser vencida por una ordenación cuidadosa de las tierras que permita la supresión de los baldíos, la explotación en la estación seca merced al riego, el uso de los abonos. Pero todo ello exige que se perfilen técnicas a la escala local y la educación de los habitantes.

La renovación económica de Africa debe empezar por un perfeccionamiento de su agricultura. Pero no hay que disimularlo: la agricultura, incluso renovada, está situada, en el mundo en que vivimos, en condiciones económicas que pueden defraudar a veces las esperanzas de los africanos. Una de las vías más felices que puedan abrirse para el agricultor africano descoso de lograr beneficios comerciales, es la venta del producto de sus plantaciones arbustivas y arborescentes. Procede incitar al campesino negro a multiplicar y mejorar sus plantaciones de cafetos, *claeis*, *tés*, *heveas*, cacao, plátanos. Los campesinos negros más prósperos son aquellos que explotan tales plantaciones: Ashanti de Ghana (cacao), Yoruba de Nigeria (cacao), Chagga de Tangañika (cafetos). Pero estos plantadores africanos se ven duramente afectados por las variaciones de los cursos de los productos tropicales. El derrumbamiento de los precios, que los «boards» de las ex colonias británicas tenían por misión amortiguar, hace correr el riesgo de que los campesinos resulten frustrados de la recompensa de largos esfuerzos y, por consiguiente, que se comprometa el progreso económico. Parece que sería posible volver en el plano internacional a la obra de protección y estabilización de los «boards» británicos. ¿No hay algo sorprendente en el hecho de que exista el propósito de gastarse miles de millones de dólares para desarrollar y perfeccionar la economía africana, y que se evite comprometer unas cuantas decenas de millones de dólares que serían necesarios para mantener unos precios honorables para el café y el cacao? No resulta menos sorprendente que los cursos del cacao dependan de las transacciones de mayoristas de Nueva York que pueden, en un instante, arruinar los largos esfuerzos dedicados por los plantadores

y por las agencias internacionales a la renovación de la agricultura africana.

* * *

El ejemplo universal muestra que Africa entrará en la vía del desarrollo económico intenso merced solamente a la industrialización. La Unión Surafricana demuestra que esta noción es tan cierta para Africa como para el resto del mundo. Si a pesar de las terribles dificultades raciales que la atenazan, la Unión tiene la renta *per capita* más elevada de Africa, ello incluso entre sus habitantes negros, débese a su industrialización ya avanzada. Pero sería baladí insistir sobre el desarrollo industrial de Africa: este desarrollo será lo que de él harán los africanos, los obreros, los especialistas, los investigadores africanos. Africa no carece de materias primas; los descubrimientos de riquezas petrolíferas inmensas se multiplican en su periferia; el potencial hidroeléctrico es enorme; interesantes yacimientos de minerales esperan ser explotados. De lo que Africa anda necesitada no es, pues, de materias primas, sino de mercados de consumo, de técnicos, de vías de comunicación. En la parte norte del Estado de Stanleyville (República del Congo) existen enormes yacimientos de un excelente mineral de hierro, la itabirita. Estas reservas no tienen de momento valor económico. El mineral no puede ser exportado porque está excesivamente alejado de las costas. No puede ser transformado allí mismo por falta de energía. Con todo, podría disponerse localmente de cantidades apreciables de energía hidroeléctrica; pero no existe ningún mercado regional para el acero. La industria, necesaria a Africa, tiene un brillante porvenir, pero se desarrollará en primer lugar en regiones más afortunadamente situadas y que disponen de un mercado de consumo. Por ejemplo, Egipto es una de las regiones mejor dotadas para un amplio desarrollo industrial: el dominio del paso del Mediterráneo al Mar Rojo, la apertura hacia el Mediterráneo y el Océano Indico, el bajo precio del petróleo, el algodón, el mineral de hierro, una abundante mano de obra y la formación cada vez más acentuada de los cuadros técnicos, un mercado local de consumo importante, y que sólo pide serlo más, son tantas condiciones altamente propicias para un desarrollo industrial de Egipto.

El desarrollo económico del Magreb plantea problemas particulares. Viendo las cosas desde alto, se impone que el principal problema de Argelia y de Marruecos reside en una improcedente localización de los habitantes. Las montañas retienen a un número de hombres demasiado crecido, en

tanto que las llanuras están subpobladas. Es este el resultado de condiciones antiguas, en que las montañas, más lluviosas, ofrecían mayor seguridad agrícola y eran más fáciles de defender, brindando mayor seguridad contra los nómadas o las exacciones del fisco. Hoy en día han desaparecido las causas de este reparto de la población; el riego ofrece o puede ofrecer seguridades a la agricultura de las llanuras, los habitantes ya no tienen motivos para buscar en las montañas un refugio contra la opresión y los saqueos. La descongestión de la Kabilia, cuyos principales ingresos están actualmente constituidos por los envíos de dinero de los kabiliats emigrados a Francia, y de las diversas partes del Atlas en provecho de las llanuras y de las fábricas, por ejemplo, del complejo metalúrgico de Bona, es necesaria; esta transferencia indispensable para una verdadera renovación económica del Magreb, plantea ante todo un problema de organización política. Tunicia no se halla en las mismas condiciones; la acumulación de los habitantes en sus llanuras orientales (Túnez, Sahel de Sus a Sfax), que confina con una auténtica superpoblación, no deja de recordar las condiciones egipcias.

No se facilitará el desarrollo económico de Africa orquestando el tema de la unidad africana, la cual es frecuentemente presentada como la condición del progreso y de la felicidad de Africa. Ciertamente, es deseable que Africa se unifique o, más modestamente, constituya muy amplias unidades regionales. Todos estamos en favor de la unidad de Africa, o de la unidad de Europa y, más aún, por la unidad del planeta (enriquecido en fecha próxima con la luna). Pero, ante la urgente necesidad, las ambiciones unitarias, ¿son procedentes? Los africanos tienen ante sí un programa de realizaciones cargado y difícil. Sería peligroso recargarlo complicándolo con una empresa de unificación política. Es aún prematuro para ver la constitución de una entidad del Africa sudanesa, del Africa occidental, del Africa guineana, del Africa central o del Africa oriental y, a mayor abundamiento, del Africa toda. No creemos que los progresos necesarios a Africa dependan de esta obra de unificación parcial o total. Las primeras reformas, posibles en un marco territorial limitado, dejarían de serlo en otro demasiado amplio. El interés muy urgente de los habitantes de Africa es llevar a cabo los cambios indispensables en el nivel local. El sueño de una acción en el marco de Africa entera (o de amplias porciones de Africa) sólo puede ser un obstáculo para las reformas y una escapatoria ante la dificultad de realizaciones concretas. El africano útil es el que no piensa demasiado en Africa, pero que tiene una visión clara y práctica respecto

a las mejoras de las condiciones de su país natal. Es a esta tarea de progreso que las «élites» africanas, ahora en el Poder, han de consagrar todas sus fuerzas. La unidad de Africa vendrá después o no vendrá; en todo caso, no resultará más difícil de lograr por haber sido aplazada. Estados africanos de medianas dimensiones, bien administrados y eficaces, valen más para los africanos que un imperio desordenado.

* * *

Africa necesita renovar sus organizaciones, aprender las técnicas modernas, invertir cuantiosos capitales en la ordenación de su territorio. Es posible acelerar el desarrollo económico de Africa mediante una ayuda masiva: inversiones internacionales, envío de un crecido número de técnicos. Pero es evidente—al menos para mí—que esta modalidad de ayuda económica no es satisfactoria, ello por dos razones: en primer término, porque supone apartados los obstáculos humanos que traban ese desarrollo; después, porque deja a extranjeros el cuidado de perfeccionar y aplicar las técnicas. Y el caso es que no corresponde a autoridades exteriores el reformar los circuitos sociales defectuosos. Esta tarea ha de ser reservada a los nacionales. El ejemplo más sencillo de esto es el control de los nacimientos: en un país en que la rapidez del crecimiento demográfico se presentara como perjudicial para la prosperidad general, la propaganda antinatalista debería ser obra exclusiva de los nativos de ese país; cualquier intervención del extranjero pudiendo ser calificada de genocidio por los demagogos y por los patrioterros. Por otra parte, no parece acertado que sean los economistas extranjeros quienes decidan los planes de desarrollo y los puntos de aplicación de los capitales extranjeros, ni que sea tarea de los técnicos extranjeros realizar los estudios, construir las presas, las carreteras y las fábricas y asegurar su conservación. Esta modalidad de ayuda tiene todas las probabilidades para resultar sospechosa a los nacionales, que no tardarían en decir que sus verdaderos intereses han sido descuidados y que una ayuda económica y técnica de este tipo es una forma de colonialismo.

Por ello, la ayuda exterior ha de adoptar otras formas. Se hubieran prestado inmensos servicios a Africa, sin la menor posibilidad de malentendidos políticos, si las realizaciones siguientes se llevaran a cabo por cuenta de los Estados «ricos» o de la O. N. U.:

1. Desarrollo de la instrucción general y técnica (bajo la entera responsabilidad de cada Estado, pero con la ayuda financiera de la O. N. U.).

Derivándose el «subdesarrollo», en la mayoría de los casos, de la «subinstrucción», reforzar la instrucción general y técnica es seguramente el mejor tratamiento contra el «subdesarrollo».

2. Multiplicación de Institutos de investigación científica en todos los dominios. Especialistas procedentes de los países de alto nivel científico, pagados e instalados por cuenta de esos países, trabajarían en tierras africanas con la doble preocupación de elevar la ciencia de las cosas africanas al mismo nivel que la ciencia de las cosas europeas, y de formar especialistas africanos de categoría, siendo el objetivo final ir eliminando investigadores extranjeros y entregar la dirección de la investigación científica a los especialistas nacionales. Si con harta frecuencia Africa se presenta «hostil» o «difícil», es porque se la conoce menos que a Europa. Desde hace mucho tiempo, Europa ha sido estudiada por sabios que a ella han adaptado sus técnicas y sus métodos. Africa necesita sabios que la consideren no sólo como sujeto de estudios, sino como medio de vida; el subdesarrollo africano desaparecerá cuando la ciencia africana haya alcanzado el nivel internacional y cuando los sabios africanos aseguren sus progresos.

Sería entonces a sabiendas, mediante decisiones adoptadas a la luz de una información incontrovertible, puesto que nacional, que se establecerían los planes de ordenación económica. Estos planes podrían ser financiados por órganos internacionales o por el extranjero, pero habrían sido fijados en cada país por los especialistas de ese país.

3. En espera de las grandes opciones, que serían esos planes nacionales y verdaderamente «indígenas» de desarrollo económico, los especialistas extranjeros y los especialistas locales, que los eliminarían progresivamente—unos y otros trabajando merced a los fondos de la ayuda exterior—, deberían puntualizar cierto número de conocimientos objetivos. No se trataría de tomas de posición, que harían correr el riesgo de atar de manos a los que en el futuro establecieran los planes, sino sólo de preparar los informes que darían a aquéllos los medios de hacer elecciones acertadas. En primer plano de esos informes por establecer, con la ayuda de fondos internacionales y de técnicos extranjeros, se colocaría la confección de mapas en gran escala y de una calidad perfecta. La puesta en valor se ve facilitada por tales mapas, a condición de que recojan correctamente el relieve, la hidrografía, la vegetación, los núcleos humanos. Los métodos de cartografía aérea permiten realizar rápidamente un buen trabajo. Las correcciones por efectuar en el suelo permitirían dar una pri-

mera formación a alumnos topógrafos. Esos mapas topográficos deberían establecerse con un ritmo acelerado, de manera a ser utilizados sin dilaciones para confeccionar mapas geológicos en la misma escala, mapas de vegetación, de utilización de los suelos, de densidad de población. Un capítulo no menos útil sería el de la agricultura: superficies cultivadas, ritmos agrícolas, rendimientos por hectárea, productividad por hora de trabajo, técnicas, regímenes de propiedad territorial, distribución del trabajo entre los sexos, obstáculos sociales para las reformas agrarias. Otras cuestiones por estudiar antes de actuar: mapa lingüístico, diversos sistemas sociales, situación sanitaria, regímenes alimenticios, artesanado, selección de las mejores plantas por cultivar y de las mejores técnicas, por institutos de investigación agronómica. La ayuda exterior, pues, debería tener la preocupación de no renovar directamente la economía, sino de dar a los habitantes los medios intelectuales y científicos para llevar a cabo esa renovación.

* * *

Una ayuda de este tipo puede incurrir en el reproche de no asegurar rápidamente el desarrollo económico de África. Puede pensarse que intervenciones inmediatas y directas lograrían en poco tiempo mejoras sensibles, en tanto que las acciones indirectas que preconizamos tendrían efectos lejanos y tardíos. Es este un punto capital que merece un examen cuidadoso. ¿Se tiene la certeza de que el método que preconizamos sea en definitiva más lento que el de las grandes obras y las grandes reformas inmediatas e inspiradas desde el exterior? La intervención inmediata tiene el defecto de resultar limitada a los medios en hombres y en dinero de la ayuda exterior, con el mínimo de colaboración del país de aplicación. Por el contrario, la acción retardada tendría en su favor la colaboración científica, técnica y financiera del país de aplicación. No existe país, por pobre que sea, que no pueda hacer por sí mismo mucho para su desarrollo económico si cuenta con «élites» científicas y técnicas bastante numerosas y bastante preparadas. Y es esto lo que proponemos: preparar, por cuenta de la O.N.U. o de diversos países «evolucionados», cuadros científicos y técnicos locales; al mismo tiempo llevar a un nivel elevado, igual al de Europa, el conocimiento científico del medio natural y humano, siendo realizada, por cuenta de la O.N.U. y de los países evolucionados, esa enorme tarea de información llevada a cabo por especialistas extranjeros, que prepararían especialistas locales para cederles en su día el puesto. Será sólo entonces, una vez que los cuadros científicos y técnicos hayan sido

creados y que el conocimiento científico haya sido promovido a un nivel suficiente, cuando las grandes medidas de renovación económica, que pongan en juego la ayuda financiera exterior, podrán ser adoptadas. La puesta en marcha del desarrollo económico sería así promovida más tarde, pero, una vez promovida, sería mucho más rápida. Si, para fijar las ideas, calculamos en veinte años el período preparatorio, es muy probable que en los veinte años siguientes podrán lograrse resultados ampliamente iguales a los que se hubieran conseguido durante cuarenta años de intervención directa sin período preparatorio. Iguales y probablemente superiores, porque muchos errores y pérdidas podrían ser evitados merced al carácter intensivo de la preparación científica y técnica. La red de carreteras será mucho mejor trazada mediante buenos mapas que indiquen el relieve y los núcleos humanos. Las superficies por avenar, regar, colonizar, podrán ser determinadas sin vacilaciones. El desarrollo minero se asentará en mapas geológicos y en las prospecciones realizadas durante el período preparatorio. Por otra parte, durante este período preparatorio, los países por desarrollar no tendrán motivos para perder la paciencia; merced a los fondos de la ayuda exterior, se verán animados por una actividad intensa: creación de escuelas, establecimiento de programas escolares, creación de institutos de investigación, multiplicación de las encuestas, formación y promoción de técnicos y de sabios autóctonos.

Africa no se halla ante la necesidad de tomar decisiones inmediatas, porque no se encuentra en una situación demográfica pletórica. Para precisar este punto, recordemos que existen dos categorías de países subdesarrollados: las países en que la población tiene una densidad muy elevada, siendo al mismo tiempo pobres (por ejemplo, una densidad media de 300 habitantes por km². con una renta medio de 60 dólares *per capita*), y los países con escasa densidad y con población pobre (por ejemplo, 10 habitantes por km². y una renta medio de 60 dólares). La utilización de estas cifras permite comparar útilmente a diversos países entre sí: el país subdesarrollado de la primera categoría tendrá una renta media por km.² de 18.000 dólares; el país subdesarrollado de la segunda categoría tendrá una renta media por km.². de 600 dólares. Por comparación, Bélgica (300 habitantes por km.²., 800 dólares por habitante), tiene una renta media por km.². de 240.000 dólares; los Estados Unidos (20 habitantes por km.²., 1.800 *per capita*), tiene una renta media de 36.000 dólares por km.². Estas cifras permiten darse cuenta del subdesarrollo y, sobre todo, subrayar la muy débil capacidad financiera de los países subdesarrollados

con escasa densidad de población. Pero por otra parte, estos últimos países no se hallan en una situación demográfica angustiosa: si la población duplica en los próximos cuarenta años, pasará de 10 a 20 habitantes por km.², lo que no hace correr el riesgo de que se planteen graves problemas. Por el contrario, un país de 300 habitantes por km.², tendrá dentro de cuarenta años, en las mismas perspectivas de crecimiento demográfico, 600, lo que no dejará de ser inquietante en un país con predominio agrícola. Por tanto, es legítimo preocuparse de medidas económicas de aplicación inmediata en los países subdesarrollados con fuerte densidad, mientras que es menor la urgencia en los países subdesarrollados con escasa densidad. Ahora bien, Africa pertenece, en su mayor parte, a la categoría de los países subdesarrollados escasamente poblados. Situaciones demográficas como la de Egipto (600 habitantes por km.² en el Egipto útil), son excepcionales. Cierto es que Africa tiene una buena demografía desde que las grandes endemias tropicales están poco más o menos vencidas; los pueblos con demografía deficitaria están en minoría: Zandé, Mongo del Congo, Nupé de Nigeria, Ganda de Uganda, ciertos Swahili de Tanganika. Todo lleva a creer que la población africana se duplicará en los próximos cuarenta años; pero, salvo raras excepciones, Africa podrá soportar sin ningún cambio de sus técnicas semejante aumento de la población.

El desarrollo económico de Africa puede, por tanto, concebirse con un ritmo potente y amplio. Africa no está en zozobra; puede tomarse el tiempo necesario, lo cual no es una invitación a la holganza, sino una afortunada posibilidad para dedicar un plazo correcto a un estudio a la vez apasionado y objetivo antes de adoptar las grandes opciones de su desarrollo. Esto no es válido para todas las partes del continente: lo que se acaba de decir del conjunto habría de sufrir muchas enmiendas si abordáramos el examen de cada una de sus partes. A Africa le conviene grandemente no perder de vista sus diversidades.

PIERRE GOUROU.

Profesor del Colegio de Francia.
Director del Instituto de Geografía de la Universidad Libre de Bruselas.

II
NOTAS

